

El quehacer de una antropóloga frente a las cuestiones de género, una reflexión metodológica

Ana Paula Pintado Cortina¹



uando realicé mi investigación de doctorado, cuyo tema giraba en torno a los rituales *rarámuli*,² estuve dieciocho meses viviendo en la Sierra Tarahumara (de 2000 a 2002). Allí, poco a poco fui entendiendo que mi occidental manera de entenderlos minimizaba la importancia que ocupaba la mujer en los rituales. Me quedaba en la superficie, pues a

1 Perito antropológica independiente.

2 *Fiestas grandes y resistencia cultural en una comunidad tarahumara de las barrancas*, INAH, 2012. La mayoría de los ejemplos etnográficos expuestos aquí son de la comunidad de Potrero ubicada en la región de la barranca de la Sierra Tarahumara dentro del municipio de Batopilas en el estado de Chihuahua.

simple vista los protagonistas eran los hombres, ya que son los que ejecutan las danzas y los cantos.³

Chandra Mohanty nos dice que la perspectiva de género hacia la mujer indígena está inserta en una visión colonialista en donde, dado los prejuicios que se le tiene a lo indígena, transita esa libertad de etiquetar a esas culturas sin medir las consecuencias del daño. Asimismo, estas etiquetas habilitan, sostienen y fortalecen la imagen occidental y por ende la de la mujer occidental colocada en una posición superior frente a la mujer tradicional.⁴ Y esto fue lo que me pasó: la mujer permanece mucho tiempo del ritual en la cocina y éste, para una mujer con una educación occidentalizada como yo, no era importante. Todos los que no somos indígenas debemos asumir que podemos caer en ese error, sin embargo, hay una solución metodológica para quitarnos de esos prejuicios. Y ésta es en trabajo de campo a través de la investigación participante que, sobre todo cuando es de largas temporadas, crea una transformación personal. Jackson menciona que es la proveedora de uno de los más edificantes métodos para explorar la relación entre lo dado (*a priori*) y lo que se escoge en la vida humana. La experimentación que vivimos en el trabajo de campo nos desplaza emocional, intelectual, social y sensorialmente.⁵ No solo nos hace reflexionar sobre lo que hacen y piensan ellos, sino lo que hacemos y pensamos nosotros en relación con ellos. Y esto último lo considero la base fundamental para una buena investigación.

3 Se escribió un artículo sobre esto mucho más largo para una publicación sobre el quehacer de la antropología editado por el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C. (CEAS) que aún no está en prensa.

4 Chandra Talpade Mohanty, "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", en *Boundary 2*, vol. 12/13, núm. 3, pp. 333-358.

5 Michael D. Jackson, *Lifeworlds, Essays in Existential Anthropology*. University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2013, pp. 9-10.

Tim Ingold también habla de ello. Nos dice que por medio de la observación participante dejamos de objetivar a la persona y vamos adentrándonos a la condición humana.⁶ A través de este camino descubrí que la mujer y la concepción de lo femenino es recurrente e indispensable para entender no solo la ritualidad sino, en general, lo que significa ser *ralámuli*. Mientras las acompañaba en las largas noches sin dormir, dentro de la humeante cocina que elaboraban todos los platillos del ritual, me percaté de que no solo estas acciones sostenían la fiesta, sino que son consideradas para la sociedad *ralámuli* tan importantes que por ello están en los mitos.

Como “feminista occidentalizada” no reparaba en que cada uno de los elementos que componían sus actividades tenían una relación estrecha con el plano del ritual y el pensamiento *ralámuli*. Llegar a esta conclusión no fue tarea fácil. Muchos de estos prejuicios existen porque también solemos escindir la fiesta y el trabajo. Para ellos la fiesta es un trabajo que se realiza con el mismo esmero, dedicación y respeto que cuando se labra la tierra o se hacen tortillas; asimismo, ésta debe de ser cuidada y respetada porque es un legado de sus antepasados. Por ello, tanto el *awílachi* (el espacio ritual) como la tierra, son parte de lo mismo. De hecho, el *awílachi* es el mundo en su totalidad.

Siempre tuve claro que el contexto social era trascendental para el estudio de los rituales, es decir, no exclusivamente la realidad que circunda en el ritual, sino su relación con la vida cotidiana, pues estos surgen de una realidad dada. Yo no quería escribir una etnografía en donde los *ralámuli* se vieran como unos entes extraños que solamente piensan en rituales, es decir, transmitir una idea fragmentada del *ralámuli*,

⁶ Tim Ingold, “That’s enough about ethnography!”, en *Hau: Journal of Ethnographic Theory*, vol. 4, núm. 1, 2014, p. 387.

algo que a veces tendemos a hacer.⁷ Tampoco quería hablar de “tesgüinadas”;⁸ para mí es como decir “cheleriada” o una “tequiliada”. Se da por sentado que es un lugar donde se va a tomar y a emborracharse. Para mí, tesgüinada es un término que oscurece el valor y la complejidad de los rituales. El vivir los rituales como parte de un contexto social y viceversa me ayudó a entender que los *ralámuli* nunca dirán tesgüinada.

Descubrí que el estudio de los rituales requiere de mucho esfuerzo, mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar y eso fue porque trabajé con las mujeres. ¡Jamás imaginé la cantidad de esfuerzo que implicaba! Noches sin dormir, moliendo el maíz para las tortillas, la única actividad que, como no implicaba mucho conocimiento, me dejaban hacer.

La experiencia me cambió por completo. Al entregarme al trabajo ritual con ellas, tanto a nivel de mis sentidos, como corporal, admiré la destreza física y reconocí el conocimiento que hay sobre estas artes culinarias. Artes que tienen significados profundos con relación al origen de la vida, por ejemplo. En el origen solo había un pedacito de tierra que fue creciendo gracias a la danza de *pascol* que apisonaba la tierra. Los *ralámuli* explican que la manera de apisonarla es la misma técnica que la de hacer tortillas. Además, el mundo está formado por siete tortillas apiladas. ¿Se dan cuenta de la importancia que le dan a las tortillas los *ralámuli*?⁹

7 Heidegger explica que la ciencia moderna fragmenta la realidad a través de su obsesión por la técnica olvidándose de la esencia de las cosas. “Solo se observa la parte instrumental”. Y esa parte instrumental, en este caso es el ritual. Martin Heidegger, *La pregunta por la técnica (y otros textos)*. Folio, Barcelona, 2007 [1992].

8 El tesgüino, *batali*, es la cerveza de maíz que se toma en los rituales.

9 Escribí una descripción detallada de la elaboración de las tortillas en *Los hijos de Riosi y Riablo. Fiestas grandes y resistencia cultural en una comunidad tarahumara de la barranca*. INAH/CONACULTA, México, 2012, especialmente la introducción.



Sin título. Fotografía de Ana Paula Pintado.

En el trabajo realizado con ellas entendí algo de mí misma. Y aquí viene a cuenta lo que menciona Michael D. Jackson: con el trabajo de campo, al convertirse en una experiencia, vivimos un desplazamiento emocional, intelectual, social y sensorial. Y esto nos abre la oportunidad para entendernos a nosotros.¹⁰ Además, no solo permite acercarnos a conocer por qué hacen lo que hacen o piensan lo que piensan, sino lo que pensamos nosotros de ellos desde su perspectiva. Aprender a identificar cuál es la función de la mujer en dichos sistemas nos abre una perspectiva mucho más compleja de lo que significa ser mujer en general y lo que es una sociedad como la *ralámuli*. Como lo menciona Michelle Rosaldo, “El lugar de la mujer en la vida social humana no es de forma directa producto de las cosas que hace (o aún menos, una función de

¹⁰ M. D. Jackson, *op. cit.*, p. 10.

lo que es biológicamente), sino de su significado”,¹¹ acciones concretas que solo se entienden si se experimentan.

Mohanty explica que se tienen perspectivas feministas autodesignadas con constantes comparaciones transculturales, formulaciones simplistas y reductivas a través de la historia que lo único que logran es reforzar las divisiones binarias entre hombres y mujeres. “La categoría de mujer se construye en una variedad de contextos políticos que frecuentemente existen de forma simultánea y yuxtapuesta”.¹²

De Sousa Santos nos dice que el negar las formas de conocimiento e imponer otras es una injusticia cognitiva y por ende no puede haber justicia social. A esto le llama “violencia epistémica”.¹³ Descubrir como antropóloga que yo era capaz de reproducir esa violencia fue uno de los grandes regalos que me dieron los *ralámuli*. Aprender lo que significa el esfuerzo y dedicación en una cultura como ésta a través de las mujeres, me acercó a un universo infinitamente más rico, más complejo, más real y humano de lo significa ser *ralámuli*.



María Viniegras, 1989. Fotografía de Ana Paula Pintado.

11 Citado por C. T. Mohanty, *op. cit.*, p. 340.

12 C. T. Mohanty, *op. cit.*, p. 345.

13 Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Trilce, Montevideo, 2000.